



CAPITULO XIII

CONCLUSIONES

En un breve pero enjundioso trabajo radiado a Hispano-América durante un ciclo de Conferencias organizadas por la "Asociación Cultural Hispano-Americana" en el año 1940, Doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros terminaba su intervención con estas palabras: "Todas aquellas mujeres (se refiere al corto número que en tan breve espacio tuvo ocasión de citar) tienen una eminente significación histórica, y sería de especial interés el estudio de su influjo en la expansión de la cultura hispánica en el Nuevo Mundo. Porque el sentido religioso y familiar, el concepto del deber y del honor, el culto al decoro y a la honra, la piedad profunda que España dejó arraigadas en América se debe en mucha parte a la mujer, que desde el principio guió y orientó allí la espiritualidad de las fundaciones.

"Cuando se hable de la gloria de los conquistadores y los misioneros que civilizaron todo un mundo, debe asociarse siempre en esa misma memoria a las mujeres que con ellos fueron, y que sencillamente, silenciosamente, recatadamente, como suple a toda obra creadora, fundaron más allá de los mares el hogar cristiano y español, base la más firme de ese gran contenido histórico que es la Hispanidad".

Posiblemente ningunas otras palabras podrían resumir de modo tan perfecto las conclusiones de nuestro trabajo como estas que han sido escritas y pronunciadas luego por una mujer. Cuanto nosotros hallamos podido modestamente hacer en el trabajo que precede, después de larga rebusca a través de las páginas que contaron la gente española por tierras de América, no es sino una modesta aportación para hacer más claro y os-

tensible lo que doña Mercedes Gaibrois ha expresado con tan breves palabras. Nada, pues, tan definitivo para resumir nuestro propósito.

Otro aspecto en las palabras de la insigne investigadora nos interesa recoger. Dice al principio del párrafo citado que sería de especial interés el estudio del influjo de la mujer en la expansión de la cultura hispánica en el Nuevo Mundo. Con ello viene a confirmar nuestra afirmación del comienzo del trabajo, de que semejante tarea estaba por realizar. Después de nuestro esfuerzo, tememos fundadamente que se haya adelantado muy poco en el camino de tan fundamental necesidad; ya dijimos también que la selva intrincadísima que hay que recorrer para salir al cabo con algún pequeño fruto entre las manos, es tan excesivamente densa y extensa, que no puede ser recorrida sino por exploradores de mayor temple que nosotros. En consecuencia, nos damos por satisfechos con haber desbrozado un poco el camino y haber aportado un pequeño grano a un esfuerzo que deseáramos profundamente ver continuado y coronado por el éxito.

De todos modos, una realidad debe ser puesta muy en claro, no para ponderar, sino para valorar en su modestia este trabajo: *y es el hecho de la novedad casi absoluta del tema*, pues del mismo modo que los cronistas de Indias concedieron mayor importancia a todos los aspectos de la conquista que a la actividad de la mujer, también los investigadores modernos, siguiendo sus huellas, se han contentado con apuntar en algunos casos el interés de esa investigación, pero han pasado de largo por sus linderos.

Ya hemos indicado varias veces en el curso de estas páginas que los cronistas de Indias, no por defecto personal ni mucho menos nacional, sino dejándose llevar de las tendencias historiográficas de la época, dedicaron casi todo su interés a los hechos bélicos de los grandes conquistadores y, como complemento, a la descripción del mundo y de las gentes indígenas donde se desarrollaron aquellas grandes conquistas.

Se explica además esta preferencia, porque la gesta americana fué de tal magnitud, hasta tal punto dejó achicada toda la historia universal que precede al descubrimiento de Colón, son tan pequeñas a su lado las victorias romanas logradas con

enorme lujo de medios, las conquistas de Alejandro sobre un solo reino, la expansión de Carlomagno sobre unos breves países, las Cruzadas sobre un solo objetivo siempre inalcanzado, que era natural que el asombro de los cronistas de Indias se polarizara sobre aquellas gigantescas hazañas de unos hombres que sobre los suelos más desconocidos, sobre los desiertos más áridos, sobre las selvas más impenetrables, sobre las más intran-sitables montañas conquistaron un mundo, cada una de cuyas provincias podía albergar cómodamente el imperio de los Césares y el itinerario del Macedón.

La mujer, por tanto, tenía que parecerles cosa de poca monta, y casi es justificable que la olvidaran. Sabemos poquísimo de sus gestas porque la mayoría de las que realizaron han quedado en el anónimo. Pero de ello podemos sacar la primera consecuencia que hemos pretendido alcanzar en nuestro trabajo: si la mujer estuvo allí al lado del hombre basta con esto. Si las hazañas del hombre español nos parecen imponderables por las dificultades del medio en que se tuvieron que realizar y la mujer le acompañó invariablemente por todos los caminos, nos basta para poder afirmar que si fué grande la calidad del conquistador, tuvo que ser igualmente grande el temple de las heroínas que no faltaron ni en una sola de sus jornadas. La serie de mujeres de las que hemos ido haciendo memoria, nos dan, por el sólo hecho de haber estado allí, la medida de la mujer española de aquellos tiempos. Y la primera consecuencia, por tanto, a que hemos pretendido llegar es esta de pedir para la mujer española en Indias la primera plaza en la historia del heroísmo y del esfuerzo.

Tras esta consecuencia primordial, es preciso apresurarse a completar que este heroísmo incuestionable, no tuvo nada de estéril ni fué un esfuerzo meramente deportivo. Al lado del hombre, la mujer tuvo una parte activísima e importantísima en el trabajo, colaborando con las armas en la mano en cuantas ocasiones fué preciso—y fueron muchas por cierto—; sosteniendo y aún construyendo sus débiles y provisorias moradas; buscando y aderezando el cotidiano sustento, curándole en sus enfermedades y sus heridas, estimulándole en sus inevitables desalientos; y lo que es más importante aún que todo ello y que podemos deducir muy fácilmente sin necesidad de que nos lo recuerde ningún historiador: brindándole el remedio insustituible

de su compañía, sin la cual la vida del hombre, aunque disponga de los más inacabables horizontes, es cárcel, monotonía y soledad.

La presencia de la mujer hizo posible en última instancia lo que sin ella jamás se hubiera podido lograr, y fué la población de los nuevos territorios con el afincamiento definitivo de los conquistadores que gracias a la mujer que pare hijos y sostiene una casa se convirtieron paulatinamente en pobladores y colonos. Las palabras de Jaume Rasquí, que nos han servido de lema, definen bien la transcendencia de la mujer: tan solo "... los casados en Indias, son los que perpetúan las Indias...". Los reyes españoles, convencidos desde el primer momento de la necesidad de que los conquistadores se trasladasen allí con sus familias enteras, dieron, como hemos ido viendo, repetidas disposiciones para que se trasladaran allí con sus mujeres, no sólo ordenando que se reunieran los casados, sino estimulando la marcha de las hembras con exenciones, favores, privilegios, repartos y encomiendas a los casados. El ejemplo de las primeras mujeres que partieron para América, como vemos que fué el de doña Isabel de Bobadilla, la esposa de Pedrarias, es, en este sentido digno de todo encomio y admiración. Sin la presencia de la mujer, el mundo hispánico hubiera sido una entelequia, pues nunca hubiera pasado de un conjunto de factorías o apostaderos comerciales a la usanza de una nueva Fenicia.

Nuestro esfuerzo al ir rastreando por las páginas de las crónicas la existencia de mujeres en todas partes y ocasiones ha tendido primeramente a demostrar—habida cuenta de que sólo los cronistas hacen memoria de ellas en circunstancias excepcionales—que el número de mujeres fué si no muy grande de modo absoluto, sí muy crecido en proporción con el de conquistadores, tratando de rebatir con ello, a los comentaristas de todas las tendencias que han tratado de rebajar la importancia de la mujer en la obra americana, fundándose en el número escaso de ellas que hubo hasta muy avanzada la conquista. Se aduce para ello, el hecho de los numerosos amancebamientos de españoles con indias, pero este argumento pierde toda su fuerza y advertimos que estos amancebamientos continuaron del mismo modo en épocas posteriores, y que el concubinato con indias fué practicado incluso entre los hombres casados que hacían vida marital regularmente con sus esposas.

En segundo lugar, al tratar de rastrear la existencia de la mujer a través de las páginas vivas de los cronistas, y no las frías relaciones de viajeros, como en la lista de "Pasajeros de Indias", hemos pretendido precisamente conocer "en vivo" la actuación de la mujer, para conocer mejor los quilates de su influencia como gobernante, como gestoras o inspiradoras de heroísmos, como consejeras o ayudas de sus esposos, como amantes o provocadoras de pasiones, como fundadoras de instituciones o introductoras de profesiones o cultivos, o incluso como provocadoras de alborotos, desacatos, tragedias e inmoralidades; pues toda piedra importa para alcanzar el muro de su influencia en la vida americana, y sería gollería pedir que toda su intervención hubiese sido siempre beneficiosa, ya que también la del hombre distó mucho de serlo.

Una vez la mujer allí, con el solo hecho de su presencia, bien puede imaginarse que serie de realizaciones culturales tenía que ir sembrando la mujer; aunque lo silencian los cronistas. Al lado de las mujeres que descollaron en alguna actividad oficial, o que sobresalen por su personalidad destacada o por los incidentes novelescos o pintorescos de sus vidas a veces increíbles, es no menos importante la más anónima de la población femenina, que coadyuvó quizás más incluso que las otras, con esfuerzos incesantes, aunque oscuros, en la vida cotidiana y vulgar pero que en fin de cuentas es aquella con que se amasan los pueblos y los siglos.

En este sentido nunca quizá comprenderemos bastante cuán decisiva fué la aportación de la mujer, incluso la más sencilla, para el fenómeno de la transculturación de la vida española a las nuevas venas de la vida americana. Atento el hombre a la gestión exterior, fué la mujer la que sembró pacientemente la vida entrañable del hogar con sus costumbres, modas, tradiciones, usos, modos de hacer y de vestir, gustos, tendencias, utensilios, tradiciones domésticas, e incluso viandas y arte culinario en general. Y con todo ello, un modo completo de vida, una cultura, un estilo, un sentido de la feminidad, un concepto del deber, una educación y nada digamos un sentido de la patria y de la religión que por llevarlo entrañablemente en su espíritu nacía y se trasplantaba con ellas.

Durante el periodo de la conquista, y en los comienzos de la colonización, en un ambiente peligroso y hostil, en el que cada

día exigía de todos el máximo esfuerzo belicoso y heroico, la mujer sobresale sobre todo por sus cualidades de fortaleza, resistencia y tenacidad, en las que tantas veces fué, como hemos visto a la par del hombre. Su actuación fué en aquellos tiempos imponderable escuela de energía, de valores heroicos y de reciedumbre de carácter. Ocasión hemos tenido de apreciar en innumerables ocasiones estas facultades de mujer fuerte.

Pero después, cuando ya la colonización se fué asentando sobre bases más firmes, y por quedar dominados y pacificados los territorios volvió la mujer a su fundamental emplazamiento que es la vida del hogar, quedó vacante el heroísmo estrepitoso, pero se abrió el cauce para el sacrificio callado y manso donde la mujer tiene, a no dudarlo, sus más bellas realizaciones. A parte de lo que poco antes hemos apuntado, la mujer tuvo que ser, por imperativo de la necesidad, maestra de sus hijos, pues que apenas si existían escuelas en aquellos tiempos primerizos, tejedora de la ropa de su casa, pues apenas existían talleres, y era muy costoso traerlas de la península, educadora de los indios, porque apenas si bastaban los misioneros, adiestradora en oficios, prácticas y costumbres de la servidumbre indígena que le servía.

Si mayor trabajo ha caído jamás sobre los débiles hombros de la mujer, si mayor éxito le acompañó jamás en su empresa de trasplantar una cultura por un mundo inabarcable, ochenta veces mayor que la patria vieja que abandonaba por fecundar la nueva, dígalos la Historia.

APENDICES DOCUMENTALES

CAPITULO I

HERRERA, ANTONIO. — Tomo IV, déc. II, lib. I, cap. VII, p. 37.

Con la licencia que el Almirante Don Diego Colón tenía del Rey, vino a Castilla y llegó a Sanlúcar a 9 de Abril y el Rey mostró mucho contentamiento de su llegada, y se lo escribió y ordenó a su contemplación, que no se quitase los indios a las personas que habían venido con él, y que las demandas que se habían puesto en Santo Domingo contra el Almirante pretendiendo que había de satisfacer los daños que algunos particulares habían recibido en el repartimiento que había hecho de los indios de la Española cuando lo tuvo a su cargo, los Jueces de Apelación ni otras justicias procediesen en ellas, sino que enviasen relación de lo que pasaba. Y con todos estos favores no se dejaron de hacer algunas befas a *Doña María de Toledo*, su mujer, y darla muchos disgustos...

HERRERA, ANTONIO. — Tomo IV, déc. II, cap. I, p. 200.

Despachado pues don Juan de Grijalva de todo punto, salió del Puerto de Santiago de Cuba a ocho de Abril de este año de 1518. Habiéndose dado las señas a los pilotos y orden del Regimiento, fueron a parar a la costa del Norte de Cuba, en el Puerto de Matanzas, que se llamó así, porque aportando allí treinta Castellanos en un navío despedazado y *dos mujeres*, que